

VIVIR EN LA FRONTERA SEGUN EL ESPIRITU

Benjamín González Buelta S.J.

En las fronteras

Cuando Cristobal Colón llegó a la Hispaniola (actualmente Haití-Rep. Dominicana) en 1492, rompió las fronteras del mundo conocido y se asomó la historia a una tierra nueva. En medio de la belleza tropical encontró cerca de medio millón de indios apacibles en una tierra generosa. Veinticinco años después, los indios no llegaban a 25,000. Y estaban tan destruidos, que "más forma tienen de muertos pintados que de hombres vivos". Este es el testimonio de los padres Franciscano y Dominicos en una carta al Rey en 1517.

Muchos indios murieron por epidemias, indenfensas ante la llegada de hombres y animales extraños a su medio. Pero la mayoría quedó exterminada en las minas de oro y en el trabajo de la tierra. Muchos perecieron en suicidios colectivos ante la aterradora destrucción de todo su universo. La natalidad, en tales circunstancias, se hizo prácticamente imposible.

Los Padres Dominicos, en el sermón predicado por el P. Montesinos en La Hispaniola, en el adviento de 1511, denunciaban la situación de exterminio: "¿Estos no son hombres? ¿no tienen ánimas racionales? ¿no estáis obligados a amarlos

como a vosotros mismos?".

Los españoles situados en el "centro" de la isla, consideraron este pensamiento como "doctrina nueva" y subversiva. Y desde el "centro" lejano de España, el Católico Rey Fernando responde en 1512, considerando esta "doctrina nueva", nacida en las fronteras del imperio, "sin ningún buen fundamento de teología, cánones ni leyes". Mientras que, para los Padres Dominicos, esta novedad era buena noticia evangélica para reconocer los derechos de los indios.

Tal vez pueda servir este ejemplo como muestra de otros debates actuales en las periferias marginales del mundo.

Estas fronteras pueden ser hoy los barrios marginados donde acaban las calles dibujadas en los planos urbanos rotulados con nombres ilustres, y donde empiezan los callejones irregulares sin más ingeniería que la prisa nocturna para levantar unas paredes con material de desperdicio en tierra prohibida. El ingenio popular los bautiza: "Mata-hambre", "Ni-bajes", "Sal-si-puedes"...

Puede estar la frontera en las salas de un hospital público, donde se acaban las medicinas, la higiene y las atenciones regulares de médicos y enfermeras. O en un asilo de ancianos donde confluyen rodando los bagazos exprimidos de la sociedad que estorban en las casas y en las comunidades.

Fuera de las fronteras han quedado las minorías excluidas del primer mundo desarrollado, y las grandes mayorías del tercer mundo que tienen en el cuerpo las huellas de un saqueo de siglos. Ninguno de ellos tienen el pasaporte de la legalidad ciudadana que les permite atravesar las fronteras donde es posible participar de los derechos más elementales de la vida.

La espiritualidad no se reduce a "lo espiritual" por oposición a lo material. Es una vida que se deja conformar en su totalidad por el Espíritu. Este vivir según el Espíritu adquiere matices especiales según la situación y la época en la que los cristianos tratan de responder al don de Dios.

Así hacen distintas espiritualidades.

¿Cómo vivir llevados por el Espíritu en estas tierras excluidas? La tierra del máximo atropello se puede convertir, gracias a la sorprendente iniciativa de Dios, en tierra fecunda de "doctrina nueva", de buena noticia, tanto para los que están oprimidos, como para los que viven protegidos dentro de las fronteras.

Este vivir según el Espíritu exige una síntesis siempre haciéndose a niveles cada día más profundos de elementos personales y estructurales, íntimos y populares, sabiduría de la tradición y hallazgos de los nuevos caminos eclesiales, de ciencia y de misterio... Tal síntesis sólo es posible en torno a la incesante creación nueva del Espíritu, que asume con nosotros las marginalidades excluidas.

Jesús se encarna en las fronteras

A las fronteras se va enajenamiento de Jesús, que escogió libremente despojarse de su rango, "tomó la condición de esclavo", y "se abajó" hasta la muerte en cruz (Fil 2, 7-8). En este Jesús pobre y humillado se nos revela de manera definitiva e insuperable la manera como Dios se sitúa en la historia. Al elegir para su Hijo la periferia excluida y pobre del mundo, Dios ha "des-concertado" la historia para siempre. Con su vida, Jesús desentona, rompe el concierto orquestado desde los centros de poder. En este desconcierto se sitúa también la ida de los cristianos hacia las fronteras oprimidas.

Jesús descentra el mundo desde la periferia

Jesús nace en las afueras de la pequeña Belén, "en las cercanías" (Lc 2,8) de los pastores que pasaban la noche al aire libre velando los rebaños. Para esa familia no había sitio en el centro.

Jesús muere fuera de Jerusalén, después de atravesar las calles de la ciudad echado fuera con otros dos malhechores para los que tampoco había sitio dentro. Jesús "murió fuera de las murallas" (Hb 13,12).

Entre nacimiento y muerte se mueve una existencia desinstalada, que sale al encuentro del pueblo en los caminos de Galilea. Jesús de esta manera "des-centra" la historia, y sitúa el brote de la salvación en las periferias de los que no encuentran acogida en el centro. La conducta de Jesús provoca un desplazamiento geográfico y social. El centro de la historia de la salvación está al margen, y todo el que quiera encontrarse con Jesús tiene que volver la cabeza y peregrinar hacia los márgenes de donde todo el mundo trata de escapar. La vida de Jesús aparece como "ex-céntrica", porque no se ajusta a las ordenanzas que todo lo controlan desde el centro y así transforman la opresión y la exclusión en costumbre y buen sentido.

Jesús combate la fuerza desde la debilidad

Jesús nace bajo el peso de un edicto imperial que se informa sobre gentes y recursos para poder incrementar su dominio. Jesús no sólo nace en la debilidad de un niño, sino de un niño oprimido. Y muere en el suplicio más degradante de la época, propio de esclavos y agitadores políticos, después de un proceso afrontado sin ningún tipo de defensa.

La acción de Jesús supuso una alternativa real a la sociedad judía y al imperio. Desde su debilidad combate con la fuerza del Reino de Dios que llega en su propia persona como don del Padre. "La debilidad de Dios es más potente que los hombres" (1 Cor 13,25). Desde entonces todos los seguidores de Jesús tienen que buscar su consistencia en este desconcertante camino, porque "lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte" (1 Cor 13,27).

El desafío consiste en ahondar en las existencias machacadas para no quedar presos por la superficie de debilidad, sino encontrar en lo hondo la fuerza del Reino de Dios, como la encontró y la cantó María (Lc 1,15). Esta fuerza de Dios recorre las venas de la historia como un dinamismo de liberación que expresa la fidelidad de Dios a nuestra tierra, a Abraham y a todos sus descendientes para siempre (Lc 1,55), buscadores de un pueblo nuevo donde se pueda vivir " en jus-

ticia y derecho" (Gn 18,19).

Jesús contradice la sabiduría desde la locura

Por su nacimiento en una familia sencilla del pueblo, Jesús queda marcado para toda la vida por el acento de la cultura que no está sancionada por el saber académico, que confiere autoridad titulada y prestigio reconocido. Jesús pertenece al mundo de los que "no saben".

Para sus mismos vecinos de Nazaret , era motivo de asombro la enseñanza de Jesús. "¿De dónde saca éste eso?" (Mc 6,2). "Aquello les resultaba escandaloso" (Mc 6,3). Por esto mismo, los maestros del pueblo se acercan a Jesús en muchas ocasiones y le preguntan con qué autoridad enseña. Muchas veces empuñaron contra él las piedras de los blasfemos.

Hoy tenemos el desafío de percibir, como Pablo, que "lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios" (1 Cor 1,27). Jesús mismo pudo contemplar lleno de gozo que el "Padre", Señor de cielo y tierra, ha ocultado el misterio del Reino "a los sabios y entendidos" y se lo ha revelado "a la gente sencilla" (Lc 10,21). Esta constatación no nació en Jesús de una elucubración teórica, sino de una experiencia, pues los ignorantes del pueblo acogen el Reino, y los sabios lo rechazan porque quiebra sus saberes. Jesús "se hizo para nosotros saber que viene de Dios" (1 Cor 1,30), y contradice la "sabiduría" de este mundo prepotente, desde el "no saber" rechazado del mundo.

Jesús desautoriza la riqueza desde la pobreza

El hijo de Dios siendo rico se hizo pobre (2 Cor 8,9). Después de una juventud en un trabajo catalogado en la estructura social como pobre, comenzó a predicar el Reino sin tener donde reclinar la cabeza, hasta morir completamente expoliado en la cruz. Toda su existencia fue una palabra de pobreza al compartir los bienes escasos que tenía, pero sobre todo al compartir su persona. Para los pobres siempre queda la persona como bien último a compartir, con

su libertad irreductible desde donde puede nacer un tipo nuevo de vida. Esta es la solidaridad radical abierta al futuro, proyecto de pueblo nuevo en tierra libre, donde "construirán casas y la habitarán, plantarán viñas y comerán sus frutos, no construirán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma (Is 65, 21-22).

La palabra de Jesús es dura contra los ricos. Por otra parte, Jesús exige una radicalidad muy grande a sus seguidores más cercanos. Les pide que den todo a los pobres, que lo dejen todo y que lo sigan sin nada. Desde esta desposesión el seguidor de Jesús entra en la situación vital de los despojados, y puede solidarizarse con ellos desde el centro de la persona en la búsqueda del futuro nuevo del Reino. De lo contrario, uno podría quedar preso del pequeño alivio pasajero de una pan regalado, sin entrar en todo el misterio del Reino (Jn 9,26), sin captar todo el proyecto de un nuevo tipo de sociedad prefigurada en el pan compartido entre todos (Jn 6,12).

Bajar a la frontera en seguimiento de Jesús

Ya vemos claro que dejarnos "des-concertar" y bajar hacia las marginalidades oprimidas, es un proceso sociológico porque tiene su geografía y su itinerario perfectamente definido en las estructuras sociales y en su sistema de valores. Pero mucho más hondamente, es un viaje sin retorno, contemplativo, hacia el centro de la historia donde Dios está comprometido con nosotros. Cada paso hacia las fronteras del mundo es inseparablemente un paso contemplativo hacia el encuentro de Dios. Vamos a tratar de describir este itinerario.

La frontera excluida nos llama

Es así contra toda lógica de realización personal, porque realmente desde lo más profundo se asoma la trascendencia de Dios, que ningún deterioro humano puede aniquilar. Más aún, desde que Jesús "bajó a los infiernos" de la condición humana, todos los crucificados de la sociedad son una imagen privilegiada de Jesús.

La sangre derramada en el suelo del justo asesinado grita hasta Dios (Gn 4,10). Las quejas del pueblo oprimido suben hasta hasta el cielo (Ex 3,7). Las angustias íntimas de toda persona golpeada y llevada hasta el estercolero de la ciudad como Job, llegan hasta Dios. Todas estas situaciones tienen un trasfondo de trascendencia que se asoma en la dignidad del esclavo que no se deja aplastar, en la intimidad oscura que busca la luz, en el silencio de la sangre derramada que grita justicia.

Este rumor de trascendencia nos llama, impacta nuestra sensibilidad, y tiene nombre y rostro: Jesús de Nazaret, que bajo hasta el fondo del sepulcro. Su Espíritu gime desde el fondo de las vidas destruidas, confundiendo con nuestro grito (Rm 8,26). Por eso no escuchamos sólo el gemido de los hombres oprimidos que sube desde todas las fronteras del mundo, sino también nos llega desde las gargantas la llamada del "Dios oprimido", nunca definitivamente trancado en ningún sepulcro de muerte como quisieran los guardianes. Por eso las fronteras nos llaman con tanta fuerza a pesar de toda la música seductora que nos llega desde los centros brillantes del mundo.

Dios nos escoge para dar una respuesta

A cada persona Dios le pide una colaboración específica. Algunos vivirán una solidaridad real con los marginados, que aunque sea geográficamente lejana, de alguna manera les va a "des-concertar" sus síntesis vitales, sus proyectos, sus cuentas bancarias. Otros serán escogidos por Dios para "vivir" permanentemente insertos en medio de los excluidos, compartiendo su vida.

Dios escoge y es necesario vivir un proceso de discernimiento para descubrir qué tipo de respuesta Dios nos ofrece. Querer situarse más allá del don de Dios, es una pretensión suicida y orgullosa. Sólo con una respuesta justa y precisa según el plan de Dios, nuestra respuesta se ensamblará cradoramente dentro del cuerpo comunitario, y al mismo tiempo será profundamente integradora de todas nuestras dimensiones personales. Dios es el único que nos

respetar como somos, pues no conoce y ama como somos. Los demás se acercan a nosotros frecuentemente con la voracidad de expectativas desconectadas de nuestras posibilidades reales, y de nuestros procesos íntimos.

El don del marginado

Este camino de solidaridad no es sólo un don de Dios que nos escoge, sino también un don del "marginado que nos acoge" a su proyecto.

¿Por qué razón el excluido habría de acogernos en su mundo? Si llevamos en nuestras personas los signos de las clases dominantes, el saber, el tener y el poder que tanto han padecido, levantarán espontáneamente sus mecanismos de defensa, aprendidos durante siglos y encarnados en su cultura oprimida. El lenguaje se vuelve un laberinto de contraseñas, y el centro de la persona se mueve elusivo en una clandestinidad de rostro amable que acoge al mismo tiempo. Sobre todo en sus formas máximas de inserción, no es posible imponer la comunión. Hay puertas que sólo se abren desde dentro. Y hay que esperar pacientemente que los marginados vayan abriendo puerta tras puerta, hasta conducirnos al verdadero centro de la persona donde es posible la comunión.

Pero este momento sólo llegará cuando la verdad y la constancia de nuestra solidaridad hayan permitido que caigan las sospechas que cierran como cerrojos inaccesibles para nosotros todo acceso.

Los paternalismos que dan desde arriba, los indoctrinamientos y las eficiencias del poder, el clientelismo de cualquier tipo, no llegan al fondo de la solidaridad donde el pobre ha encontrado finalmente un compañero de camino que lo acoge como sujeto creador del futuro de la libertad y de la vida.

En este proceso de encuentro, el que baja a las fronteras ha tenido que vivir un proceso de "des-centramiento" profundo, integrando su persona de nuevo en torno al Jesús pobre y humilde del evangelio.

Los marginados, "creadores" del Reino

Este camino lleva a descubrir al *marginado como "sujeto creador" de "doctrina nueva"*, el futuro del Reino, de doctrina hecha. Esta realidad se expresa de manera sorprendente en el sermón de la montaña. Los pobres, los que buscan la justicia desde la experiencia de la injusticia, los que sufren, acogen el don del Reino en sus vidas heridas, y se transforman en luz del mundo y en sal de la tierra. La predicación de Jesús es clara. Los mendigos de la historia, los paralizados por todas las indigencias saqueadas, son invitados a ponerse en pie creando el Reino con Jesús. Dios abre el espacio de la comunión con él a todos los excluidos. Los últimos son los primeros, los que abren el camino.

Al paralítico de la sinagoga, Jesús le dice: "Levántate y ponte ahí en medio" (Mc 3,3). En la discusión con los discípulos sobre "quien es el más grande" (Mc 9,34), Jesús tomando un criadito "lo puso en medio" (Mc 9,37). Estos dos últimos son sacados del margen al centro, y son puestos en medio como "maestros" del pueblo y sus jefes.

Esta vocación creadora del marginado crea inevitablemente conflicto con los instalados. Su juicio y su urgencia pueden sonar desmesurados, para todos los que elaboran sus caminos desde su calma protegida. La palabra profética con sabor a realidad dura suena estridente a los oídos acostumbrados a las palabras acolchonadas en las modernas salas de reunión.

El desafío más grande está en vivir el conflicto de manera creadora. Jesús mismo experimentó hasta el fin este conflicto. En la primera etapa de su vida, creó el Reino con amor sufriente y fiel, en medio de las pretensiones desmesuradas del pueblo, del acoso de las autoridades y de la amistad de unos discípulos desconectados de su nuevo camino que enfilaba su vida hacia la gran confrontación de Jerusalén.

La cruz inevitable

El centro responde y el marginado encuentra la pascua

del Señor. Con mayor o menor intensidad, el conflicto con el centro parece inevitable.

Si la primera, bienaventuranza nos presenta los "pobres con espíritu" (I. Ellacuría), la última acaba con la persecución por el Reino. Entre una y otra bienaventuranza se construye el camino del Reino, la vida nueva del pobre. El marginado que deja entrar en su persona el don del Reino y lo encarna en su vida sometida, marcada por el sufrimiento, creando solidariamente la paz y la justicia, entonces provoca al poder y es perseguido por causa del Reino (Mt 5, 10-11). Es la inevitable dimensión martirial de la vida cristiana.

En un primer nivel, el centro alaba y apoya. Sobre todo en los necesarios trabajos asistenciales a las víctimas de accidentes naturales o del deterioro de la vida, minusválidos, ancianos... Entonces el centro condecora. Algo de la aureola del que ayuda al marginado se le pega al benefactor lejano.

Si la víctima procede de un sistema político y social, entonces la actitud cambia frente al que denuncia el sistema. Primero se le contradice y se confunde su palabra. Pero si este mecanismo no resulta, entonces se ataca su persona. "Está loco". "Tiene un demonio". Si todavía persiste en su actitud, se le presiona, se le castiga socialmente con todo tipo de amenazas, se le hiere en sus colaboradores cercanos, se quiebra su resistencia física y psicológica. Si todavía resiste, entonces se le mata. En América Latina los mártires de la bienaventuranzas son "una multitud innumerable" (Ap 7,9).

Pero el Reino de Dios no se tranca en ningún sepulcro bien sellado. "Al tercer día", la presencia del resucitado rehace las personas y multiplica las comunidades que continúan la causa del crucificado. Aunque estos tres días, a veces, pueden ser procesos muy largos y dolorosos.

En las comunidades de los marginados florece la fiesta que celebra esta experiencia de vida más fuerte. Pasan los años, no hay grandes eficacias. Pero la fe permanece en el punto justo del compromiso necesario, sin evadirse ni exas-

perarse. Aumenta la represión y se ahonda el abismo que separa ricos y pobres, pero en medio del sufrimiento emerge la esperanza con dinamismos de vida sorprendentes. Se agotan y mueren los líderes gastados por los años de lucha, pero surgen otros nuevos. A veces las estadísticas se estancan, pero la fuerza del signo sigue fermentando la masa. Caen los golpes, pero los rostros salvan la ternura y la alegría no mueren. La trascendencia del Señor de la historia sigue encontrando el camino para construir el Reino cada día

Expresiones diversas del mismo espíritu

En el encuentro inmediato con la realidad marginada desde una sensibilidad evangélica, nace la *profecía*, con su grito trágico y exigente de denuncia. En contraposición, se anuncia la utopía que orienta la denuncia hacia un horizonte de esperanza. Somos hijos de "la promesa" que a lo largo de la historia ha movilizado tantos caminantes hacia una tierra nueva.

Pero la profecía sola no sería más que un cuerpo reducido al grito que se extingue entre los demás gritos de la marginalidad. La profecía necesita los pies y las manos de la *institución*, de toda la comunidad, pues el desierto sólo se atraviesa como pueblo organizado. Además del profeta, hace falta el pastor que une para la comunión y organiza para un amor fuerte y eficaz. A partir del Vaticano II, la iglesia trata de ser un sacramento de la acción liberadora de Dios en la historia. Desde el amor preferencial por los pobres, ella misma crece como Iglesia de Jesús. Recibe el don que le llega desde los marginados que acoge y le obligan a ensanchar las paredes de su casa, de su teología, liturgia y organización, venciendo el peligro del poder y la instalación que acechan a toda institución.

La institución y la profecía sólo son evangélicas cuando están abiertas a la dimensión *mística*, que es la verdad última de toda realidad. En nuestra historia Dios camina con nosotros con propuestas de liberación en todos los cruces de los caminos. En cada paso hacia adelante en la historia,

también se nos revela un nuevo paisaje interior, un rasgo nuevo del rostro de Dios, con una palabra personal intrasferible, en el proceso de un encuentro sin orillas. Dios es "un Dios escondido" (Is 45,15), pero no nos dice "búsquenme en el vacío" (Is 45,19), sino como trasfondo último de toda realidad, que debe hacerse transparente a la mirada contemplativa.

¿Cómo se articulan en cada persona y en cada comunidad, la profecía, la institución y la dimensión mística? Poco a poco va decantándose en la experiencia compartida, una sabiduría de caminantes condensada en pequeñas fórmulas o en síntesis más amplias. Es un saber que tiene el sabor del vino nuevo, pero que al mismo tiempo se enriquece con los más auténticos de los grandes maestros de la tradición espiritual. Esta dimensión *sapiencial* es integradora de las otras dimensiones en cada persona o comunidad con toda su riqueza original.

Cada una de estas dimensiones tiene su aporte insustituible y su tentación inevitable. Unas salvan a las otras no permitiendo que se encierren sobre sí mismas. *Todas son necesarias, pero no todas se viven con el mismo acento.* Así nacen entre nosotros los profetas, los pastores, los místicos y los sabios, según su carisma dentro del cuerpo eclesial, del pueblo de Dios en marcha.

Rasgos fundamentales de esta espiritualidad

Es una espiritualidad que se *sitúa en el margen*, entre los excluidos y descalificados, siguiendo los pasos del amor preferencial de Dios por los pobres manifestando en la encarnación de Jesús. Pero desde el margen se ofrece la *salvación para todos*, y ya empieza a hacerse efectiva en la historia mediante comunidades cristianas y organizaciones populares que luchan por la liberación de toda opresión. El centro de la historia ha sido situado por Jesús en los márgenes excluidos del mundo. Inevitablemente, el seguidor de Jesús aparece como des-centrado para la sabiduría del mundo y sus criterios de éxito en la vida.

Como toda verdadera vida espiritual, la vida entera se deja conducir por el Espíritu, que no es sólo la última verdad de mi *intimidad personal* en la que yo puedo encerrarme. El mismo Espíritu dialoga con nosotros desde los *signos de la historia* donde apunta lo nuevo que Dios va suscitando entre nosotros. Ni una intimidad sin historia, ni una historia sin intimidad. El Espíritu se manifiesta en la historia como una fuente de creatividad desde la herida marginada del mundo, y al pasar por nuestra propia intimidad, despierta nuestros mejores dinamismos y nos hace a nosotros mismos creadores y nuevos.

La ascesis que nos dispone para el encuentro y la entrega a Dios, no viene sólo concretada en el ritmo de *necesarias prácticas religiosas*, protegidas y reguladas por nuestra decisión, y asumidas como fruto de una sabiduría acumulada en la historia de la vida cristiana, sino que llega también asaltando horarios y proyectos desde las *urgencias populares*, desde las carestías de alimentos y servicios básicos que a todos nos envuelven, y desde las corrientes de miseria y dolor que entran por todos los sentidos y se debaten en nuestras entrañas.

Nos acercamos a la *realidad* con todo el rigor científico para analizar y planificar, en la solidaridad cercana a las personas con rostro y nombre, pero con los mismos pasos nos acercamos al Señor de la historia comprometido con nosotros. Más allá de cualquier proyecto elaborado técnicamente, o inspirado en determinadas ideologías, es necesario aprender a discernir las señales nuevas del Reino en las situaciones concretas, para crear con Dios siendo contemplativos en la acción, para celebrar festivamente en medio de la comunidad, y para entregar en la intimidad contemplativa toda la persona al absoluto de Dios. Sólo desde esta *dimensión mística* nos podremos acercar a la realidad con toda la libertad que hace posible la gratuidad y la fortaleza.

Buscamos un *amor eficaz* organizando personas y comunidades en proyectos históricos, pero al mismo tiempo sabemos perdernos en el misterio de la historia cuando la fide-

dad al Reino pasa por las noches oscuras de los largos procesos sociales y personales, y cuando la presión social parece cada vez mayor e inacabable. Entonces el amor se transforma en *amor sufriente*, que carga con el pecado y la injusticia que se presenta arrogante y triunfal. Así la vida se va entregando gratuitamente en el misterio denso de la historia donde sólo de Dios nos puede llegar el sentido.

El propio *itinerario personal* aparece dentro del camino del pueblo, implicados en sus éxitos y fracasos, incapaces de concebir ya la propia existencia cristiana separada de los derroteros de los pobres. Pero mientras nos vamos haciendo *pueblo de Dios*, la propia originalidad no se disuelve en una masa informe, sino que se afirma y crece como la de cada uno de los miembros en un cuerpo bien integrado.

Los marginados nos evangelizan a todos, no sólo desde sus valores sabiamente elaborados y guardados en su cultura y religiosidad popular, no infectados todavía por el estilo de las clases dominantes, ni por el consumismo trasnacional que todo lo invade. Ni tampoco nos evangelizan exclusivamente desde su capacidad de abrirse al futuro y de construirlo a partir de su existencia despojada. Nos salvan también desde su *destrucción personal*, e incluso desde sus vidas amenazantes acogidas en toda su crudeza, sin falsos idealismos. No se puede negar la dimensión de pecado personal que tienen los marginados en su destrucción moral y psicológica, pero no podemos separarlo de la presión que les llega las estructuras injustas. Realmente cargan con nuestros crímenes (Is 53, 4-5). La instalación egoísta que nuestras estructuras protegen y justifican, queda proféticamente denunciada por estos rostros "sin apariencia humana" (Is 53,2).

El vivir desautorizando la riqueza, contradiciendo la sabiduría mundana, combatiendo los poderosos, y descentrando los centros de todas las decisiones, nos puede *desintegrar* a nosotros mismos también. La *integración personal* sólo es posible si tenemos una experiencia del Espíritu como realidad última, personal y comunitaria, como dinamismo profundo de la historia. El Jesús que aparece en los márgenes

ha desconcertado definitivamente la historia, pero ha llenado de sentido la vida de personas y comunidades que lo siguen, creando un pueblo nuevo. Nos podemos ir integrando personalmente en una nueva síntesis vital. El anuncio de esta posibilidad es más importante que una actividad sólo centrada en desarticular el sistema injusto. Es posible "nacer de nuevo" (Jn 3,3), y vislumbrar el Reino de Dios.

Conclusión

Frontera es exclusión saqueada, marginalidad. Pero es también esperanza y futuro, por la fuerza del Espíritu. Los marginados se convierten en un "nuevo sujeto histórico" que con el acento galileo de Jesús, nos invitan a crear los caminos nuevos del Reino de Dios.

Todos los centros tienen que definirse ante este brote "descentrante". O lo combaten o se hacen solidarios de su bienaventuranza. Vivir espiritualmente es dejarse llevar por esta ex-centricidad del Espíritu que suscita "una tierra nueva" (Ap 21,1). Nosotros mismos seremos hombres nuevos.

(De la revista **MISSION ABIERTA**, publicada por los claretianos, pasaje Lóriga, 10,28002 Madrid (España), Nº 6, 1990, págs. 93-105).

"La desdicha es algo aparte, específico, irreductible; algo muy distinto del simple sufrimiento. Se adueña del alma y la marca, hasta el fondo, con una marca que sólo a ella pertenece, la marca de la esclavitud... es inseparable del sufrimiento físico y, sin embargo, completamente distinta.

...es un desarraigo de la vida, un equivalente más o menos atenuado de la muerte... Sólo hay verdadera desdicha cuando el acontecimiento que se ha adueñado de una vida y la ha desarraigado la alcanza directa o indirectamente en todas sus partes, social, psicológica, física. El factor social es esencial.

...Quien ha sido alcanzado por uno de esos golpes que hacen que una persona se retuerza por el suelo como un gusano medio aplastado, no tiene palabras para expresar lo que le ocurre. Los que le rodean, incluso aquellos que han sufrido mucho, no pueden hacerse a la idea...

...La desdicha obligó a Cristo a suplicar que se apartara de él el cáliz, a buscar consuelo junto a los hombres, a creerse abandonado de su Padre. Obligó también a un justo (Job) a gritar contra Dios...

...La compasión para con los desdichados... es un milagro mayor que la curación de un enfermo o incluso la resurrección de un muerto.

La desdicha hace que Dios esté ausente durante un tiempo, más ausente que un muerto, más ausente que la luz en una oscura mazmorra. Una especie de horror inunda toda el alma, y durante esta ausencia no hay nada que amar... Es preciso que el alma continúe amando en el vacío o que, al menos, desee amar, aunque sea con una parte infinitesimal de sí misma. Entonces Dios vendrá un día a mostrárselo y a revelarle la belleza del mundo, como ocurrió en el caso de Job. Pero, si el alma deja de amar, cae en algo muy semejante al infierno".

SIMONE WEIL